

Recordatorio a Ana María Biset. 1954 - 1994

El 4 de enero de 1994, mientras disfrutaba de sus vacaciones en el sur de Brasil, en un desgraciado accidente, falleció Ana María Biset.

Esta joven antropóloga, formada en la Universidad Nacional de la Plata, orientó su vocación hacia la arqueología.

Terminada su carrera y habiendo formado su familia, en 1985, retornó a Neuquén, donde había residido en su adolescencia.

Rápidamente se incorporó a la actividad docente en la Universidad Nacional del Comahue, colaborando en la cátedra de Prehistoria General. Su paso por los claustros universitarios fue breve. En verdad, su objetivo primordial era la práctica de la tarea arqueológica, que pudo concretar al incorporarse, en 1986, a la Subsecretaría de Cultura de la Provincia. Integrada al entonces Departamento de Investigación, dependiente de esa institución, inició una intensa serie de trabajos y estudios, que en relativamente poco tiempo la perfilaron como una profesional reconocida y respetada por sus pares, al trascender su labor más allá de los límites de nuestra provincia.

La elección de Neuquén como ámbito de realización personal y profesional no fue casual. Siendo estudiante avanzada había colaborado con el Lic. Adán Hajduk, participando en los trabajos de campo realizados en diversos sitios ubicados en el Departamento Aluminé, como Montículo Angostura y Rebolledo Arriba.

A fines de 1986, acompañada nuevamente por Hajduk, toma la dirección de la excavación sistemática del cementerio pehuenche de Caepe Malal. Primer trabajo arqueológico realizado con recursos humanos y económicos exclusivamente provinciales. La riqueza de este yacimiento, que refleja el contacto hispano-indígena del S. XVIII, despertó en ella la necesidad de incursionar en el campo de la historia. Fue así, que a través de un convenio entre el Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Comahue y la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Neuquén, se inicia un fructífero proyecto denominado "Historia Indígena del Noroeste Neuquino", cuya dirección tuve el privilegio de compartir.

La búsqueda de un marco teórico referencial y la contrastación de la información arqueológica con la documental fueron los caminos que nos permiti-

tieron delinear nuestra metodología. De este modo nos fuimos acercando al conocimiento de las sociedades tribales en transición hacia los grandes cacicatos.

Fue en el desarrollo de esta actividad donde Ana María Biset fue cautivada por la Historia. Había confirmado que, pese a sus singularidades, arqueología e historia comparten el mismo objetivo: el hombre y su producción.

La tarea se tornó apasionante. Disfrutamos al tener en nuestras manos la coraza de un gran jefe pehuenche - resultado de la excavación arqueológica - y constatamos después, en las crónicas de la época su uso y detallada descripción. Lo manifestado por el Jesuíta Bernardo Havestad en 1752 y corroborado por Don Luis de la Cruz, en 1806, estaba, siglos después, frente a nuestros ojos permitiéndonos confirmar la brillantez de una etapa indígena, que en verdad sólo parecía producto de la fantasía.

Los resultados de la investigación fueron presentados ante la comunidad científica en varias oportunidades. Congresos internacionales de Etnohistoria en Argentina y Chile, Jornadas Inter-Escuelas de Historia y congresos y encuentros de Arqueología, fueron el ámbito donde los colegas tuvieron la oportunidad de conocer no sólo el trabajo sino también las conclusiones y reflexiones de una joven figura promisoría.

Si Caepe Malal fue la ocasión de desarrollar una visión integradora de las ciencias, el hallazgo del yacimiento correspondiente a grupos de cazadores-recolectores, en Loma de la Lata, fue la prueba de fuego en arqueología de rescate. Este cementerio, descubierto en tierras de la actual Agrupación Mapuche Painemil, se trabajó desde el primer momento integrando a esa comunidad en la tarea y respetando absolutamente su decisión. Los restos hallados descansarían en el cerro donde siempre habían estado. La respuesta, que concilió aspectos científicos y éticos, fue el emprendimiento y materialización del Museo de Sitio de Añelo, único en su tipo en la Patagonia.

Como Directora del Museo Dr. Gregorio Alvarez de Neuquén, la gestión de Ana María no se remitió sólo a la presentación de una muestra correcta, sino que fue el medio para transmitir los resultados de las investigaciones, tanto propias como de otros especialistas. Estaba convencida de que los museos debían cumplir un rol educativo importante. No sólo transmitir la historia local y regional sino también difundir los fundamentos de la preservación del patrimonio cultural. En base a ello organizó el área de extensión educativa del museo, conformada por docentes a los que preparó especialmente para relacionarse con maestros y alumnos de los diversos niveles.

Le preocupaban también los aspectos legales referidos a la defensa del patrimonio cultural, lo que le hizo incursionar en legislación cultural comparada y formular varios anteproyectos de leyes, decretos y ordenanzas. Su último gran trabajo en este tema está a consideración de la Honorable Legislatura Provincial, se trata del Proyecto de Ley de Defensa del Patrimonio Histórico, Arqueológico y Paleontológico de la Provincia de Neuquén.

Esta reseña profesional es mínima, pues es mucha la tarea que dejó iniciada y que sus compañeros y amigos hemos tomado el compromiso de llevar a buen término. Este compromiso no es solamente de carácter profesional sino el resultado del más puro afecto hacia alguien que transitó por nuestras vidas, conmoviéndonos para siempre. Por su fe en los valores humanos, por su compromiso solidario con la gente, por su amor a la verdad, por la coherencia de sus ideas, en fin por todo aquello que nos transmitía su delicado aspecto, su suave, pero firme tono de voz, su inalterable buen humor, por el candor de su mirada, su presencia estará siempre en nuestras pequeñas o grandes obras y sobre todo en nuestro permanente recuerdo.

Gladys A. Varela